

Catherine
ANDERSON

Corazón comanche



TERCIOPELO

Corazón comanche

Catherine Anderson

Traducción de Diana Delgado



TERCIOPELO

Queridos lectores:

Como ya os comentaba al inicio de *Luna comanche*, estoy encantada con el hecho de que el sello Signet de la editorial New American Library haya vuelto a editar la serie Comanche, lo que pone de nuevo estos libros a vuestra disposición. Durante demasiados años, los títulos de la serie Comanche eran difíciles de encontrar, y aquellos que estaban disponibles se vendían a precios desorbitados. Cada vez que alguna de vosotras me escribía para decirme que iba a comprar un libro de la serie Comanche, siempre os decía que os esperaseis, con la promesa de que algún día la serie sería reeditada. Con los años, empecé a temer que no pudiese cumplir mi promesa.

Gracias a la editorial New American Library, puedo ahora confirmar que, dentro de poco, podréis comprar todos los títulos de la serie Comanche. Y no solo eso: la editorial New American Library ha diseñado para cada libro de la edición en inglés una nueva y bonita cubierta, más en consonancia con la historia. Es un orgullo para mí, como autora, ver que por fin estos libros reciben el respeto que siempre supe que merecían.

Como descubriréis al leer *Corazón comanche*, no es una novela romántica al uso. La segunda parte de *Luna comanche* es la continuación de la lucha que los supervivientes de la nación comanche tuvieron que librar cuando intentaron adaptarse a la cultura de la sociedad blanca. En *Luna comanche*, conocisteis y llegasteis a amar a Amy, la pequeña que fue raptada por los comancheros, y al chico comanche, Antílope Veloz, que la ayudó a emprender un doloroso viaje a través de las tinieblas hasta poder volver a encontrar la luz del sol. Ahora, muchos

años después, la promesa de amor que se hicieron de adolescentes culmina en esta historia.

Espero que disfrutéis leyendo *Corazón comanche* tanto como yo he disfrutado escribiéndola. Y me gustaría oír los comentarios de todas y cada una de vosotras. Mi dirección de correo electrónico es ChtrnAndrsn@aol.com. Podéis también contactar conmigo a través de mi página web, dejando un mensaje en el libro de visitas. O, si lo preferís, podéis mandar una carta a mi atención a la editorial New American Library.

¡Feliz lectura, amigas!

Con cariño,
Catherine Anderson

Nota de la autora

Cuando escribía *Corazón comanche*, mi madre me confesó que descendiendo en parte de los shoshones, lo que explica mi interés por el pueblo comanche y mi afinidad con ellos, ya que en realidad los shoshones dejaron la tribu de sus padres en busca de un clima más cálido y mejores extensiones de terreno para la caza. A los shoshones se les conocía en ocasiones como los «indios *snake*» porque vivían en Idaho, una palabra shoshone que significa «tierra fría como el hielo», y solían viajar por las orillas del río Snake hasta el centro de Oregón para cazar. Yo ahora vivo en el centro de Oregón y tengo contacto directo con la tierra que a menudo visitaban mis antepasados de origen nativo.

Después de dejar la tribu de sus padres, los comanches se hicieron llamar Los Snakes Que Regresaron. Asumieron este nombre porque periódicamente volvían a visitar Idaho para ver a los seres queridos que habían dejado atrás. Cuando se encontraban con extraños, hacían honor a este nombre poniendo las palmas de las manos hacia abajo, a la altura de la cintura, y moviéndolas hacia atrás como si los brazos fueran el cuerpo de una serpiente deslizándose.

Este libro es un tributo a Los Snakes Que Regresaron, un pueblo grande y noble que aún conmueve a los que leen sobre su historia y las duras pruebas que tuvieron que superar. Hacia el final, justo antes de la caída de la nación comanche, la tribu solía decir *suvate*, que significa, «todo se ha cumplido». Esta palabra sobrecogedora encarna una trágica historia que aún hoy nos tiene atrapados a muchos de nosotros.

Tengo la esperanza de que nunca se cumpla de esta forma para ninguno de nosotros, porque si no somos capaces de aprender de los errores del pasado, volveremos a repetirlos.

Prólogo

Texas, 1876

Como alma desconsolada, el viento silbaba y ululaba envolviendo a Antílope Veloz, cegándolo con un velo negro de cabello que le impedía ver la tumba solitaria que se alzaba ante él. No pestañeaba. El escozor que sentía en los ojos pertenecía a los vivos, y en este momento solo quería estar con los muertos.

La tosca cruz clavada en la tumba de Amy Masters, sacudida por las inclemencias del tiempo, había ya renunciado a mantenerse erecta. Veloz examinó las burdas letras talladas con crudeza en la madera, casi borradas por el tiempo, y se preguntó si estas palabras contendrían la canción de Amy. Por algún motivo, dudó que el *tivo tiv-ope*, la escritura de los hombres blancos, pudiese componer una imagen que hiciese honor a su magnificencia.

«Amy...»

Los recuerdos de Amy se arremolinaban en la cabeza de Antílope Veloz, con tanta vivacidad como si la hubiese visto ayer. Cabello dorado, ojos azules, sonrisa radiante... su hermosa, dulce y valiente Amy. Estos recuerdos la hicieron llorar con más remordimiento que vergüenza, porque debería haber llorado su pérdida mucho tiempo atrás. El dolor le hizo encogerse de hombros. Si hubiese llegado antes. «Doce años.» Le rompía el corazón imaginar que ella lo había esperado allí, unida a él de por vida por una promesa de matrimonio, para morir antes de que él pudiera cumplir con su parte del compromiso y volver a buscarla.

Las palabras que Henry Masters le había dirigido solo unos momentos antes, resonaron en su cabeza: «No está aquí, sucio

comanche. Y es una bendición, si quieres saber mi opinión, que sea así, con tipejos como tú viniendo a cortejarla. El cólera se la llevó hace cinco años. Está enterrada en la parte de atrás, junto al granero».

Con mano temblorosa, Antílope Veloz enderezó la cruz que marcaba la tumba de Amy, tratando de imaginar cómo debía de haber sido su vida, esperándolo en esta granja miserable. Al morir, ¿habría mirado al horizonte con la esperanza de verlo allí? ¿Habría entendido que solo había sido la gran batalla por su gente la que lo había mantenido alejado de ella? Había prometido que volvería a por ella, y había cumplido con su promesa. Pero lo había hecho con cinco años de retraso.

Antílope Veloz sabía que debía montar en su caballo y salir de allí. Sus compañeros lo esperaban a unos kilómetros al oeste, con las alforjas llenas de lingotes de oro y la mirada puesta en el norte, a donde esperaban conducir el ganado robado. Pero era como si a Antílope Veloz le faltara la determinación necesaria para poner un pie delante de otro. Su plan de comprar un próspero rancho de ganado había dejado de interesarle. Todo lo que era yacía allí, con Amy, en aquella granja inhóspita.

Antílope levantó la cabeza y se quedó observando los campos de hierba que se extendían más allá de la granja. Sintió un enorme vacío, similar al que sintió cuando un año antes había entrado en el cañón Tule. En ese lugar, el pasado mes de septiembre, Mackenzie y sus soldados habían masacrado a cuatrocientos caballos comanches y habían dejado allí sus cuerpos para que se pudrieran. Aunque Antílope Veloz había tenido noticias del asalto que había sufrido su pueblo en el cañón de Palo Duro, aunque sabía de su derrota, no pudo darlo como cierto hasta que vio los miles de huesos esparcidos por la superficie del cañón, únicos restos visibles de la manada comanche. Fue entonces cuando Antílope Veloz supo, en lo más profundo de su ser, que su gente estaba acabada; sin caballos no eran nada.

Al igual que él no era nada sin Amy.

Poniéndose en pie, desenfundó el cuchillo y se rajó la mejilla desde la ceja hasta la barbilla, un último tributo a la enérgica chica *tosí* que le había robado el corazón con la generosidad de su amor. La sangre llegó chorreando hasta el montículo de tie-

rra de su tumba. Se imaginó que era absorbida por la tierra, que se mezclaba con sus huesos. Si fuese así, una parte de él quedaría aquí con ella, por muy lejos que viajase o muchos inviernos que pasasen.

El comanche alzó los hombros, enfundó el cuchillo y caminó hacia su caballo. Después de montar, se quedó allí sentado un momento, con la vista perdida en el horizonte. Sus amigos lo esperaban hacia el oeste. Antílope espoleó el caballo y cabalgó en dirección sur. No sabía adónde iba. Y tampoco le importaba.

Capítulo 1

Marzo de 1879

Amy Masters golpeó el suelo con los tacones de sus zapatos para mantener en movimiento la mecedora. A pesar del calor que desprendía la chimenea, el frío se había colado por debajo de su falda de lana e instalado en las enaguas y calzas de canalé. Le hubiese ayudado encender la lámpara, pero por ahora prefería estar en penumbra. Por alguna razón, la luz del fuego le resultaba reconfortante. Le gustaba ver cómo jugaba con el papel de motivos florales que cubría el salón, recordándole aquellas largas noches de verano en Texas, cuando el fuego convertía los tipis del poblado de Cazador en conos invertidos de ámbar brillante contra el cielo azul pizarra.

El sonido de voces y risas apagadas hizo que Amy volviera su atención hacia la calle. Se oyó un portazo. Después un perro ladrando, un sonido que se le antojó distante y solitario. Todos en Tierra de Lobos se habían recogido en sus casas para dormir, algo que ella era incapaz de hacer. Pronto darían las cinco. El padre O'Grady de Jacksonville visitaba el pueblo tan raras veces que odiaba la idea de perderse la misa. Él dejaría la región al día siguiente y tomaría el camino del norte en dirección a la misión de Corvallis. Después se encaminaría al oeste, hacia Empire, en Coos Bay, y después al este hasta Lakeview. Pasarían semanas antes de que volviese a decir misa otra vez en Saint Joseph, la iglesia de Jacksonville, y mucho más para que visitase Tierra de Lobos. Con un marido, dos hijos y un cura visitante al que alimentar, Loretta necesitaría ayuda para preparar el desayuno. Aun así, Amy se resistía a irse a dormir.

Despedirse de un buen amigo y de sus queridos recuerdos llevaba su tiempo.

Con un suspiro, bajó los ojos hacia las páginas cuidadosamente dobladas del periódico de Jacksonville, *Democratic Times*, que tenía en las manos. Los horribles rumores sobre Antílope Veloz habían circulado por Tierra de Lobos desde hacía un par de años, pero Amy se había negado a creerlos. Ahora, después de leer esta nueva noticia, no podía negar por más tiempo la realidad. Su amigo de la infancia, el único hombre al que había amado en su vida, se había convertido en un asesino.

Con la cabeza apoyada en el respaldo de la mecedora, Amy miró el dibujo al carboncillo de Antílope Veloz que tenía colgado sobre la chimenea. Se sabía de memoria cada una de sus líneas, sobre todo porque lo había dibujado ella. A la luz parpadeante del fuego, su perfil era tan vivo que parecía que en cualquier momento fuese a girarse y dedicarle una sonrisa. Una estupidez, dado el poco talento que tenía como pintora. Tenía un rostro tan bello... Antílope Veloz. Ese nombre era como una caricia para ella.

Según el artículo, ahora se hacía llamar Veloz López. Su nombre comanche había dejado de servirle ahora que había escapado de la reserva y había empezado a trabajar como vaquero. Incluso Amy tenía que admitir que su elección era inteligente. Había escogido las últimas sílabas de «Antílope» para crearse un nombre mexicano. A pesar de haber sido adoptado por la tribu y criado como un comanche, el origen español de Antílope Veloz siempre había quedado patente en sus finos rasgos. Pero, aunque admirase su ingenio y comprendiese su necesidad de escapar de las estrictas reglas de la vida en la reserva, se sentía traicionada.

Un comanchero y un pistolero de mala fama...

Las palabras del artículo del periódico resonaban en su mente, conjurándole imágenes que le ponían la piel de gallina. Durante todos estos años había conservado los recuerdos de su querido Antílope Veloz, imaginándolo como cuando tenían dieciséis años, un joven noble, valiente y amable, un soñador. En lo más profundo de su ser, había creído que mantendría su promesa y vendría a buscarla en cuanto la batalla de los comanches por la supervivencia hubiera terminado. Ahora se daba

cuenta de que nunca lo haría. E incluso aunque lo hiciera, lo despreciaría por aquello en lo que se había convertido.

Una triste sonrisa se dibujó en su cara. Con veintisiete años, era un poco mayor para seguir construyendo castillos en el aire. Antílope Veloz había hecho esa promesa de matrimonio a una alegre niña de doce años, y aunque los comanches pensasen que las promesas eran para siempre, había llovido mucho desde entonces: su nación había sido destruida; sus seres queridos, masacrados. Aunque la niña que había en su interior odiase admitirlo, él debía de haber cambiado también, dejando de ser un amable y protector chico para convertirse en un hombre dominante e implacable. Debería agradecer a Dios que no hubiese venido a buscarla.

Probablemente ni siquiera se acordaría de ella. Amy era la rara, la que vivía la vida desde la barrera, con el corazón puesto en un pasado de promesas que se había llevado el viento de Texas.

Incorporándose, tiró la página del periódico al fuego. El papel se consumió en un fogonazo de luz. El olor acre de la tinta al arder penetró en sus fosas nasales. Se levantó de la mecedora y caminó hacia la chimenea. Con manos temblorosas, cogió el dibujo de Antílope Veloz. Las lágrimas le llenaban los ojos cuando se inclinó con la intención de tirar el retrato a las llamas.

Al mirarlo a la cara, casi pudo oler las llanuras de Texas en verano, oír el sonido de las risas de los niños, sentir el tacto de su mano sobre la de ella. «Mantén siempre los ojos en el horizonte, chica de oro. Lo que quedó atrás es pasado.» ¿Cuántas veces había encontrado consuelo en esas palabras, recordando cada inflexión de la voz de Antílope Veloz?

No podía vivir el resto de su vida en el pasado. El Antílope Veloz que ella había conocido hubiera sido el primero en reñirla por mantenerse aferrada a los recuerdos. Y sin embargo... Tocó con la punta del dedo el papel, trazando la línea majestuosa de su nariz, el arco perfecto de su boca... Y se tocó su propia boca, llena de tristeza.

Con un suspiro desgarrado volvió a poner el dibujo encima de la chimenea, incapaz de entregarlo a las llamas, incapaz de decirle aún el último adiós. Antílope Veloz había sido su amigo, su

amor inocente, su salvador. Él le había hecho sentirse limpia de nuevo, y le había devuelto la entereza. ¿Podía ser tan malo atesorar estos recuerdos? ¿Acaso importaba en lo que él se hubiese convertido? De todas formas, no volvería a verlo nunca más.

Sintiéndose inexplicablemente sola, Amy dio la espalda al retrato y caminó por el pequeño y poco alumbrado salón, deteniéndose en la vitrina llena de figuras y adornos. Pasó los dedos por uno de los objetos, un oso que le había tallado Jeremiah, uno de los alumnos. En el estante inferior al del oso, había un jarrón con flores secas que la niña de los Hamstead había recogido. Al ver los regalos, y su simplicidad, se sintió reanimada. Le gustaba enseñar. ¿Cómo podía sentirse sola cuando su vida estaba llena de personas que la querían, no solo sus estudiantes, sino también Loretta y su familia?

Aunque los huecos más profundos de la casa estaban a oscuras, se dio la vuelta en dirección al dormitorio, y avanzó una vez más sin encender la lámpara. Desde niña sufría de una ceguera nocturna severa, pero hacía tiempo que se había familiarizado con la casa y podía moverse por ella sin tropezar, con un poco de cuidado. Desvistiéndose rápidamente para no quedarse fría, se enfundó el camisón blanco y se lo abotonó hasta la barbilla. Temblando, dobló la ropa que acababa de quitarse y la colocó en una pila sobre el escritorio, para tenerla a mano por la mañana. Después, disfrutando de la tranquilidad que da la rutina, se sentó frente al tocador, se soltó el pelo y echando mano del cepillo empezó a peinar sus largos cabellos un centenar de veces, como era su costumbre.

Miró fijamente en dirección a la cama, incapaz de discernir la forma. Le hubiese venido bien envolver algunas piedras calientes en una toalla y colocarlas entre las sábanas, pero no le quedaban fuerzas. Era como si la impenetrable oscuridad la inmovilizase, silenciosa y opresiva. Empezó a sentir una extraña tirantez en la garganta. Dejó el peine a un lado, fue a la ventana y se apoyó en el marco. A través del cristal empañado, vio la calle principal del pueblo alumbrada por las luces que salían de la taberna Lucky Nugget.

No había estrellas en el cielo. En marzo, el sur de Oregón empezaba a disfrutar de algunos días de primavera, pero el de hoy había sido especialmente frío. Las capas de niebla cubrían

la parte alta de los tejados. La claridad de la luna permitía ver el vapor de lluvia que caía sobre las aceras. Al día siguiente, la calle estaría llena de charcos. A diferencia de la cercana Jacksonville, Tierra de Lobos no había retirado aún la tierra y la grava de sus calles.

Tuvo otra vez un escalofrío, suficiente como para meterse corriendo en la cama y buscar la calidez entre las frías sábanas. Con la mejilla sobre la almohada, observó la rama desnuda que el viento agitaba al otro lado de la ventana.

Amy tenía miedo de cerrar los ojos, y esta noche más que ninguna otra. Leer ese artículo en el periódico había removido demasiadas cosas del pasado, recordándole todos esos horrores que ella prefería olvidar. Solo faltaban unas horas para que amaneciese, pero esto no evitaba la eternidad oscura que aún tenía por delante. Con estas historias en la cabeza, ¿vendrían los comancheros a sus sueños? Y si así era, ¿estaría el semblante de Antílope Veloz entre sus rostros brutales? En otras ocasiones, al despertar después de una pesadilla, el recuerdo de Antílope Veloz siempre había conseguido apaciguarla. Ahora él cabalgaba con los hombres de sus pesadillas, con los asesinos, los ladrones... y los violadores.

Se imaginó la salida del sol en las praderas de Texas, el horizonte hacia el este cubierto de débiles franjas rosadas, debajo de un cielo gris plomizo. ¿Se fijaría Antílope Veloz en el amanecer? ¿Jugaría el viento del norte, con ese olor dulce a hierba y flores salvajes de primavera, con su rostro? Cuando mirase al horizonte, ¿recordaría él, aunque solo fuera por un instante, aquel lejano verano?

A medida que el sol iba ascendiendo, Veloz López parecía sentir una tensión mayor entre los hombres con los que cabalgaba. Incluso su caballo negro, *Diablo*, parecía sentirla, ya que relinchaba y se movían con nerviosos quiebros. Veloz sabía que el aburrimiento en Chink Gabriel y sus hombres tenía el mismo efecto que la sujeción en los caballos: los volvía un poco locos. Durante muchos días habían viajado sin incidentes. Por si esto fuera poco, el aire cálido de la mañana transportaba los olores de la incipiente primavera. Esta estación del año ponía

nerviosos a todos. Solo que, en el caso de estos tipos, la tensión podía hacer que se volviesen peligrosos.

Cubriéndose los ojos con el ala del sombrero negro, Veloz se echó hacia atrás en la silla y dejó que el paso sereno de los cascos de su caballo lo meciesen. Los pájaros gorjeaban posados sobre el campo de hierba y revoloteaban con frenesí cada vez que los caballos se acercaban demasiado. Vio también a un conejo que corría dando saltos a su derecha.

Por un momento deseó poder volver atrás en el tiempo, poder cabalgar otra vez con buenos amigos que, más allá de la línea de visión, se alzase un poblado comanche. Era un deseo que solía tener muy a menudo y le resultaba tan dulce, tan real, que casi podía oler la carne fresca puesta a cocinar al fuego.

A lo lejos se oyó el repique de campanas de una iglesia. Le anunciaba el día de la semana en el que estaban y la existencia de un pueblo en lo alto de la colina. Contrajo la boca, y trató de percibir una vez más los olores que traía el aire. Le llegó el aroma ternera al fuego. Se pasó la mano por la mandíbula sin afeitarse. En ese momento, daría lo que fuera por un baño y una buena jarra de whisky.

Chink Gabriel, que cabalgaba junto a Veloz, puso a su ruano al paso.

—Que me aspen si eso no es la campana de una iglesia. Hay un pueblo allí cerca. Anda que no hace tiempo que no huelo una falda, estoy más caliente que una perra en celo.

Algo más atrás, José Rodríguez escupió tabaco y dijo:

—La última vez que estuve con una muchacha, estaba tan borracho que a la mañana siguiente ni siquiera me acordaba de haber echado un casquete. Salí del pueblo tan caliente como cuando entré.

Toro Jespersion, cuyo nombre hacía honor a su corpulenta figura, emitió un desagradable mugido.

—Uno día de estos, vas a pagar muy caras tus borracheras.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué sabes? —le retó Rodríguez.

—Vas a agarrar una de esas enfermedades, vaya que sí. Te levantarás una mañana y verás que tienes podrida tu pistola.

—¿Y qué se puede esperar por dos dólares? —gruñó otro hombre—. Esas rameras con las que estuvimos la última vez eran lo más sucio que he visto nunca.

Rodríguez se rio.

—El único sitio limpio que tenía la mía era su teta izquierda, y solo porque Toro había estado con ella antes que yo.

—¡Eh, Toro! —gritó alguien—. ¿Acaso tu pistola se ve rara últimamente? ¡Porque la mierda de la de José parece haberse limpiado!

Hubo una explosión de risas y los hombres empezaron a contarse sus historias favoritas: las de prostitutas. Veloz los escuchaba solo a medias. Él solo había pagado una vez por obtener los favores de una mujer, y no porque ella le pidiese dinero, sino porque iba vestida con harapos. Entre comanches, las mujeres nunca tienen que vender sus cuerpos para sobrevivir. En opinión de Veloz, los hombres que frecuentaban los prostíbulos eran mucho más salvajes e insensibles que cualquiera de las fechorías que se supone que habían cometido los comanches.

Charlie Stone, un pelirrojo corpulento barbilampiño, hizo detener a su caballo tordo.

—Sí, también tengo el cuello dolorido. ¿Y tú qué, López?

Consciente de que la pregunta comportaba un desafío y de que su respuesta no iba de ningún modo a influir en lo que decidiesen veinte hombres, Veloz se sacó el reloj del bolsillo y echó un vistazo a la hora.

—Aún es temprano.

—Sí, todas las pichoncitas deben estar aún en la cama —sugirió alguien.

—Tal vez el negocio les fue mal anoche —comentó Chink—. Si no, diez dólares de más harán que se despierten al instante.

A Veloz no le hacía ninguna gracia entrar en los pueblos a plena luz del día. Y hoy menos que nunca, sabiendo que Chink y los demás estaban ansiosos de armar bronca. Haciendo un círculo con el caballo, alzó la vista por la llanura que se extendía ante ellos. En el horizonte podía verse una granja. Volvió a meter el reloj en el bolsillo y sacó una moneda de cinco dólares que lanzó al aire en dirección a Chink.

—Me parece que voy a ir a echarme una siesta. Tráeme una botella cuando vuelvas.

—No se puede joder con una botella —protestó Charlie—. Tú no eres normal, López. ¿Acaso te crees demasiado bueno

para ir de putas o qué? —Al ver que Veloz no respondía, Charlie apretó el labio—. Irás donde nosotros vayamos. Es la norma. ¿No es cierto, Chink?

Veloz saltó para bajarse del caballo, haciendo sonar las espuelas al pisar la hierba.

—Lo que pasa es que tienes miedo, eso es lo que pasa —se jactó Charlie—. Tienes miedo de que algún chico malo reconozca esa linda cara tuya y te arranque la cabeza de cuajo. ¿No es así, López? Te estás ablandando.

Con cara inexpresiva, Veloz devolvió la mirada a Charlie Stone y soltó de golpe la cincha de la silla. Después de unos momentos de tensión, Charlie carraspeó con nerviosismo. Apartó la mirada. Veloz desensilló al caballo y, bordeando a los otros jinetes, lo condujo hasta un lugar a la sombra.

Chink suspiró, espoléó su montura y salió disparado hacia el pueblo. Veloz sabía que al jefe de los comancheros no le gustaba que uno de sus hombres se quedara fuera. Pero él no se consideraba uno de sus hombres, nunca había sido así, y tampoco iba a cambiar ahora. La única razón por la que se había quedado con Chink un año y medio atrás era para seguir en movimiento. Los problemas tenían la virtud de pisar los talones de uno, y él tenía que ser listo si quería evitarlos.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —preguntó Chink.

Veloz ató su caballo y después se tumbó de espaldas en la sombra, con la silla como almohada. Sin responder, cerró los ojos. Sabía que Chink no tenía agallas para desenfundar las pistolas por algo tan trivial.

—Vamos —dijo Charlie—, deja a ese sucio hijo de puta que duerma tranquilo.

Cuando el sonido de los cascos se perdió en la lejanía, Veloz sacó sus revólveres Colt 45 plateados de la cartuchera y se puso a revisar el tambor, una costumbre ya arraigada en él. Después volvió a recostarse en la silla, abandonándose al sueño con la confianza de quien tiene en sus manos dos armas cargadas y está dotado de un fino oído y rápidos reflejos.

No pasarían ni cinco minutos antes de que Veloz tuviera que poner a prueba tanto su oído como sus reflejos. Unos caballos se acercaban, y lo hacían a gran velocidad. Se puso en pie de

un salto y sacó la pistola antes incluso de reconocer el sonido por completo. Al descubrir que el primer caballo era el de Chink, Gabriel se relajó un poco. Los hombres azuzaban sus monturas, y esto solía presagiar que se avecinaban problemas. Veloz enfundó su Colt y ensilló rápidamente el caballo, listo para cabalgar si era necesario.

—Mira lo que hemos encontrado —gritó Chink mientras dirigía el caballo hacia donde estaba Veloz—. Una pichoncita, y que me aspen si no es la cosa más sabrosa que has visto nunca.

Aunque le deslumbraba el sol, Veloz vio que Chantal llevaba a una chica colocada en la silla como si fuera un fardo. Una mata de pelo dorado le cubría la cara y formaba una especie de cortina espesa que llegaba hasta la panza del caballo.

A Veloz se le encogió el estómago. Desde que se enteró tres años atrás de la muerte de Amy, rara vez se permitía pensar en ella, pero cada cierto tiempo, como ahora, los recuerdos entraban en su cabeza sin llamar, amargos, y entonces le invadía una sensación de pérdida insoportable. El cabello de esta chica era de color rubio amarillo, y aunque el de Amy era dorado como la miel, el parecido le golpeó como si le hubiesen dado una patada bien dirigida. Años atrás Amy también había sido víctima de una banda de comancheros.

Chink saltó del caballo, sonriente y sin afeitarse. Se puso a sobarse la entrepierna con una mano.

—Sacaremos un buen precio por ella en la frontera, pero antes, no creo que pierda mucho valor si la probamos un poco.

Charlie cabalgó hasta él y dejó caer a la chica del caballo. La muchacha gritó al sentir el golpe del hombro contra la hierba. A duras penas, trató de ponerse en pie. Llevaba una ropa que Veloz no había visto nunca antes, una falda pantalón y una blusa hecha a medida que se ajustaba a sus pechos como una segunda piel. Imaginó que el atuendo había sido diseñado para montar a caballo, pero fuera cual fuera su propósito, un modelo tan revelador del cuerpo femenino no servía sino para azuzar los apetitos masculinos... veinte, en concreto.

La chica echó a correr. Tres hombres espolearon sus caballos para perseguirla, riéndose de sus intentos de fuga. Veloz apretó la mandíbula. No estaba de acuerdo con las violaciones, pero no podía ayudar mucho a la chica con veinte pistolas apuntándole

al gaznate. Para empezar, esa maldita chica no debería haber estado cabalgando sola.

Chink dejó colgando las riendas del caballo y corrió a coger a la rubia, riéndose al ver que se resistía. Le dio una patada y la llevó de vuelta al sitio en el que había sombra. Los otros hombres descendieron de sus caballos y le siguieron como polluelos a la gallina. Veloz se mantuvo en silencio. Chink tiró a la chica al suelo y la agarró por la blusa. Los botones salieron volando. La tela se rasgó. Dando un gran chillido, la chica forcejeó con todas sus fuerzas para librarse de él.

—Maldito seas, Toro, no vas a tener ni que limpiarle las tetas —gritó alguien.

—Que alguien me ayude a quitarle los pantalones —ordenó Chink.

Veloz se dio la vuelta y se alejó caminando. Solo un idiota se dejaría matar por una mujer que no conocía. Con esa ropa estaba pidiendo a gritos que la abriesen de piernas. Terminó de apretar la cincha de la silla, haciendo oídos sordos a los gritos de la chica. ¿Acaso pensaba que alguien iba a oírla? En todo caso nadie a quien le importase su bienestar.

Chink gruñó como si le hubiesen dado una patada. Al momento siguiente, Veloz oyó el enfermizo estampido que hace un puño al tocar la carne. La chica volvió a gritar.

—Haced que la putita se quede quieta —berreó Chink—. Vosotros dos, cogedla por los tobillos. No tan fuerte. Me gusta que luchen un poco. Porque vas a enfrentarte a mí, ¿verdad, preciosidad? Te vas a animar y darme un viaje de los que pueda luego recordar, ¿a que sí?

Algunos de los hombres rieron y vitorearon para animarlo. Veloz sabía sin mirar que Chink se estaba colocando. Centró la atención en las alforjas de la silla y se puso a apretar las correas. La risa de los hombres casi ensordecía los gritos desesperados de la chica. Aun así, los oídos de Veloz empezaron a sentir el llanto como propio. Empezó a sudarle la cara. Con un tirón de rabia, volvió a apretar una de las correas. Dado que era poco lo que podía hacer, le parecía absurdo permanecer allí y escucharlo todo.

Agarrándose al cuerno de la silla, puso una bota en el estribo. La chica gritó:

—¡Dios mío, no! ¡Por favor! —Veloz se quedó helado. Re-

cuerdos de Amy corrieron por su cabeza. Esta chica no tenía ningún tipo de relación con ella, por supuesto, si no era el hecho de ser rubia y mujer. Cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que sería un completo imbécil si se metía.

Entonces, antes de poder convencerse de nada, sacó el pie del estribo y se quitó el sombrero, sujetándolo por los cordones al cuerno de la silla de montar. Era domingo. Aunque Veloz no siguiese la religión *tosi*, no podía pensar en nadie que mereciese ser violado durante el Sabbath. Dio una palmada en el lomo de *Diablo*, para que pudiera correr hacia un lugar seguro, y le alivió ver que el caballo de Chink lo seguía. No tenía sentido que los animales saliesen heridos.

Veloz se dio la vuelta lentamente, cada vez más convencido de lo que iba a hacer después de ver el culo desnudo de Chink iluminado por el sol. Un hombre no podía ir muy lejos con los pantalones bajados.

—¡Chink!

De repente, se hizo un gran silencio. Incluso la chica se calló. Todos los ojos se volvieron hacia Veloz, quien permanecía de pie con sus largas y negras piernas abiertas, los codos doblados y un poco hacia atrás y las manos puestas sobre las cartucheras. Los ojos azules de Chink se entornaron.

—¿No estarás pensando en disparar a veinte hombres? —dijo—. Ni siquiera un descerebrado como tú haría una locura así.

Veloz no necesitaba que Chink le dijese que lo que estaba a punto de hacer era una estupidez. Acabaría muerto, y a la chica la violarían de todas formas. Era sobre todo una cuestión de cuán bajo podía caer un hombre, y él ya había caído demasiado bajo como para poder largarse de allí y seguir viviendo en paz consigo mismo.

—Tú caerás conmigo —le dijo a Chink suavemente.

La chica contuvo un sollozo y aprovechó el momento de distracción para mover las caderas fuera del hombre que casi la había penetrado. Veloz lo registró todo con su agudeza sensorial, consciente de la brisa que agitaba su pelo corto, del cuello de la camisa abrasándole la garganta, del peso de las pistolas en sus caderas. Por un instante pudo ver el rostro de Amy y se sintió reconfortado al saber que ella lo esperaba en el más allá, y

que con lo que iba a hacer podría por fin reunirse con ella con la cabeza bien alta.

Los ojos de Chink se entornaron aún más.

—Te veré en el infierno, maldito cabrón —dijo mientras cogía su pistola.

Con la rapidez que había hecho de su nombre una leyenda, Veloz desenfundó, levantó el percutor de la pistola con el dedo pulgar y agitó la mano derecha a la altura del estómago para mover la espuela del percutor. Algunos de los que rodeaban a Chink reaccionaron y desenfundaron sus pistolas. Para Veloz se habían convertido en rostros borrosos, objetivos capaces de matarlo si él no los mataba primero. Seis disparos salieron de su arma en una sucesión tan rápida que sonaron como una explosión. Chink cayó de espaldas sobre la chica. Otros cinco hombres se desplomaron, muertos antes de abrir fuego. La chica empezó a gritar, tratando de sacar la pierna de debajo del cuerpo de Chink. Los caballos, acostumbrados a los tiroteos, se movieron y dieron un relincho.

Veloz se tiró a tierra y empezó a rodar. Una ligera elevación del terreno le proporcionaba cierto resguardo. La tierra empezó a formar nubes de polvo alrededor de él mientras los catorce hombres que quedaban recuperaron el sentido y empezaron a disparar. Veloz cargó su otro revólver y, en un segundo barrido, hizo otros tres disparos. Tres hombres cayeron al suelo.

En una tregua de disparos, Veloz se elevó sobre un codo, la adrenalina bloqueando el miedo y la palma de la mano preparada sobre el empuñadura del percutor.

—¿Quién de vosotros, malditos cabrones, quiere ser el siguiente?

Entre todos, los once hombres que quedaban tenían al menos cien cartuchos listos para disparar. Cuando ninguno de ellos se aventuró a disparar, Veloz dijo:

—Soy hombre muerto, y lo sabéis. Pero si yo caigo, me llevaré a tres más de vosotros conmigo. —Consciente de que José era lo más parecido a un líder entre los hombres que quedaban vivos, Veloz puso los ojos en él—. Rodríguez, tú serás el primero.

Un temblor de miedo contrajo la cara morena del mexicano. Con las pupilas dilatadas, miró fijamente al cañón del 45 que

empuñaba Veloz. Después de un momento, soltó el revólver y levantó las manos.

—No hay mujer sobre la tierra que merezca que uno arriesgue el pescuezo por ella.

Veloz vio que varios de los hombres miraban desconcertados a Chink. Sin un jefe al que obedecer, Veloz supuso que no debían de estar muy seguros de lo que hacer. Tomando el ejemplo de Rodríguez, los hombres dieron todos un paso atrás y soltaron las armas.

—Si tanto la quieres, quédatela —dijo uno.

—No quiero tener problemas contigo, López.

Toro escupió y miró a Veloz con ojos asesinos.

—Supe que nos traerías problemas desde la primera vez que te vi. Pero las cosas no van a quedar así. Te lo prometo.

—Cállate, Toro, y súbete al maldito caballo —le ordenó Rodríguez.

Veloz siguió tendido boca abajo hasta que los once hombres se hubieron marchado. Después se volvió para mirar a la chica, que se había quedado extrañamente en silencio. Estaba sentada con la espalda arqueada, como un ciervo asustado, sus ojos azules fijos en la parte baja del torso desnudo de Chink. Veloz supuso que era la primera vez que veía a un hombre desnudo. Era algo que no podía evitarle. Que viera esa imagen era infinitamente mejor que lo que había estado a punto de ocurrirle.

Se levantó y enfundó las armas. Las manos le temblaban con el incontrolable miedo que seguía siempre a un tiroteo. Pasó la mirada por los cuerpos desperdigados y se le encogió el estómago. Cerró los ojos y dobló los dedos, sintiendo el sudor frío sobre el cuerpo. Asesinar. Estaba cansado de hacerlo, terriblemente cansado. Y sin embargo, daba igual lo que hiciera, parecía que nunca podía evitar hacerlo.

Silbó para llamar a su caballo y, cuando el animal trotó hasta él, abrió las alforjas en busca de más cartuchos. No iba a arriesgarse a que Rodríguez y los otros volviesen. Solo después de haber recargado sus Colts, se ajustó el sombrero de ala ancha sobre la cabeza y caminó hacia donde yacía Chink. Arrastró al comanchero lejos de la pierna de la chica y después le subió los pantalones.

—¿Estás bien? —preguntó, con más brusquedad de lo que hubiera querido.

Ella miró primero el cuerpo de Chink y luego el de los otros ocho hombres que yacían a su alrededor. Veloz suspiró y se pasó la mano por el pelo, sin saber muy bien qué hacer. Si la llevaba así al rancho que se veía a lo lejos, el único agradecimiento que recibiría sería sin duda una cuerda al cuello.

Reunió la ropa de la muchacha, que eran más jirones que algo posible de llevar. Arrodillándose junto a ella, empezó la difícil tarea de vestirla, para descubrir muy pronto que era una misión imposible. Le tocó el hueso de la mandíbula con un dedo.

—Te dio un buen golpe, ¿eh?

Ella parpadeó mirándole a los ojos, aún conmocionada.

Veloz caminó hacia su caballo y cogió una de las camisas que guardaba en el hatillo de ropa. La muchacha no opuso ninguna resistencia cuando le pasó las mangas de la camisa negra por sus inertes brazos. Ni se inmutó cuando le rozó los pechos con los nudillos al abotonarle la camisa. Veloz supuso que seguía insensible, paralizada por el miedo.

—Siento no haberle disparado antes —empezó a decir—, pero pensé que no podía tener ninguna oportunidad. Supongo que tal vez ese dios vuestro oyó a usted rezar y decidió que debía ayudarla.

No parecía oír lo que le decía. Veloz suspiró y fijó la vista en el rancho, preguntándose si viviría allí. Lo hiciera o no, era la casa más cercana, y el tiempo corría en su contra. Tenía que marcharse de allí. Aunque no los hubiera conocido nunca, sabía que Chink tenía dos hermanos que no dejarían que las cosas quedasen así. En cuanto Rodríguez recapacitara un poco, volvería. Si no vengaba la muerte de Chink, los hermanos Gabriel lo harían.

Veloz llevó en brazos a la muchacha, que seguía temblando, hasta su caballo. Pareció reaccionar un poco cuando él la colocó en la silla. Se montó detrás de ella, y cuidando de no acercarse la mano a sus pechos, le rodeó el cuerpo con el brazo.

—Gracias —susurró ella con voz temblorosa—. Gra... gracias...

—No tiene por qué darlas. Me moría por un poco de acción. Cabalgaron en silencio un par de kilómetros hasta que la

muchacha por fin pareció recobrar la compostura. Después de unos cuantos minutos, emitió un suspiro largo y entrecortado.

—Me ha salvado. Podía haberse marchado, pero no lo hizo. ¿Por qué?

Veloz se quedó callado y fijó la mirada en la casa que tenían ante ellos. Quería decir «¿Por qué no?», pero no lo hizo. Una muchacha de su edad nunca entendería lo banal que la vida podía ser para un hombre que vagabundeaba de un pueblo a otro, con toda su gente muerta, sus seres queridos muertos, sus sueños muertos.

—Nunca he visto a nadie disparar tan rápido.

Veloz puso su caballo negro al trote, sin contestar.

—Solo un hombre puede disparar de esa forma. —Dobló el cuello para mirarle, los ojos muy abiertos con una mezcla de asombro y miedo en ellos—. Mi padre me había hablado de usted. Es Veloz López. Él tiene una cicatriz en la mejilla, como usted. Ahora que lo pienso, ¡incluso se parece a él!

Veloz trató de mantener el tono lo más neutro posible.

—Solo soy un vagabundo que ha tenido suerte, eso es todo.

—Pero yo oí a uno de esos hombres llamarle López.

Veloz se resistió negándolo con vehemencia.

—Gómez, no López.

—Es Veloz López. —Se volvió para estudiarle—. Vi una fotografía suya una vez. Se viste todo de negro y es guapo, como en la foto. ¿Es verdad que ha matado a más de un centenar de hombres?

Sintiéndose atrapado, Veloz apartó la mirada. Mañana a esa hora, cualquiera a cincuenta kilómetros a la redonda habría oído lo del tiroteo y el número de muertos a sus espaldas se multiplicaría con el boca a boca. Y en algún lugar ahí fuera, un novato con ganas de hacerse famoso escucharía la historia y pondría a punto sus pistolas. Antes o después Veloz se encontraría de pie en alguna sucia calle, enfrentándose a ese chico y teniendo que decidir si iba a dispararle o dejarse matar. Y como siempre le había pasado hasta entonces, en ese segundo de duda, sus reflejos se harían con el control de su mano y desenfundaría sin pensarlo.

El escenario siempre era el mismo, y siempre sería así. Veloz maldijo el día en que había tocado un revólver por primera vez.

Con la mirada puesta en el oeste, contempló el horizonte. Oregón. Estos últimos meses había pensado muy a menudo en su amigo de toda la vida, Cazador. Veloz ya no estaba seguro de creer en la antigua profecía comanche que había conducido a Cazador al oeste. No parecía posible que los comanches y los blancos pudiesen vivir en armonía en ningún sitio, al menos no en esta vida. Probablemente Cazador se habría establecido en Oregón y no habría encontrado nada más que odio. Pero eso en realidad no importaba. Para Veloz, la idea de estar entre amigos de nuevo, incluso aunque fueran solo unos pocos, constituía una salida muy atractiva.

La mujer *tosi* de Cazador, Loretta, había enviado varios años atrás una carta a la reserva india invitando a cualquiera de la tribu a que se uniera a ellos en las tierras del oeste. Veloz no había estado presente para oír la lectura en voz alta hecha por la mujer del pastor, pero había oído a los otros hablar de ella, susurrando el nombre de *Oh-rhee-gon* y mirando con deseo hacia el horizonte. En ese momento, Veloz había dejado ya de soñar en mejores lugares, pero ahora... Se le hizo un nudo en la garganta. Con la pesadilla de vida que llevaba, un sueño, incluso si este no tenía más consistencia que una nube de humo, bien valía la pena ser perseguido.

Veloz no tenía idea de qué tipo de lugar sería Oregón, pero había tres cosas que lo hacían recomendable: estaba muy lejos de Texas, de los hermanos Gabriel y de la leyenda de Veloz López. En el momento en el que dejase a la muchacha en la casa del rancho, partiría hacia el oeste.

Capítulo 2

Octubre de 1879

El sol de mediodía calentaba los hombros de Veloz mientras guiaba su caballo negro por el camino de tierra que conducía, tras una cuesta, a Tierra de Lobos. Después de seis meses de viaje, en ocasiones por el desierto, otras por el paisaje inhóspito de las altas llanuras, la exuberancia del otoño de Oregón era como una fiesta para los sentidos. Respiró hondo y exhaló el aire fresco de la montaña, con los ojos puestos en las coloridas cumbres, que formaban una cadena de cadencias desde el naranja brillante al marrón oscuro y distintas tonalidades de verde. Nunca había visto tantas especies de árboles en un solo lugar: robles, abetos, pinos, arces y uno de preciosa hoja perenne que no pudo identificar, con troncos pelados que se doblaban por los brotes como dedos retorcidos.

La brisa le trajo voces de niños al subir por la colina. Sujetó las riendas del caballo y se detuvo un momento para contemplar por primera vez Tierra de Lobos, un pequeño y bullicioso pueblo minero a diez kilómetros de Jacksonville, la capital del condado. La calle principal parecía como cualquier otra de una comunidad blanca, con coloridos carteles publicitarios en las tiendas que se alineaban a ambos lados de la calle. A la izquierda, tres edificios de dos plantas se alternaban con una taberna, un hotel y un restaurante.

Arriba en la colina, enclavados junto a una gran casa de madera, Veloz divisó dos tipis. A juzgar por el humo que salía por los mástiles, alguien mantenía allí las tradiciones indias. Sonrió al recordar las palabras de la antigua profecía comanche: «Un solo lugar, donde comanches y *tosi tivos* vivan como un solo pueblo».

Un maravilloso olor a pan horneado flotaba en el aire. Casas de varios tamaños y estructuras, algunas impresionantes, otras meras casuchas de una habitación con jardines desiertos, moteaban el espeso terreno boscoso. En la distancia, Veloz vio a una mujer colgando la ropa junto a una pequeña cabaña. Un poco más arriba de ella, en la ladera, dos vacas deambulaban por el bosque, una mugiendo, la otra pastando hierba.

Veloz se relajó en la silla, dejando que el sentimiento de paz le invadiese. Habían pasado tres años desde su huida de la reserva india —tres largos y penosos años— y en todo ese tiempo nunca había llegado a un lugar que le dijera tantas cosas como este. Quizá, solo quizá, si esperaba y trataba de pasar desapercibido, podría aquí escapar a su reputación y abandonar para siempre las pistolas.

Un alboroto de risas captó su atención. Se echó el sombrero hacia atrás para ver con detenimiento el patio del colegio que se hallaba a su derecha. Una niña pequeña corría por el patio en dirección a la escuela, con su falda de algodón a cuadros revoloteando al viento mientras trataba de escapar de un chico que la perseguía. Poco después, alguien empezó a golpear un triángulo con una varilla metálica, con un sonido tan estridente, que Veloz entrecerró los ojos en dirección al porche. Vio un resplandor de pelo dorado y después oyó una voz dulce e inquietantemente familiar.

—Hora de volver a clase, niños. El recreo ha terminado.

Veloz miró fijamente a la esbelta mujer que permanecía de pie en la escalinata de la escuela, una visión de muselina azul oscuro. No podía moverse, no podía pensar. ¡Era Amy! No podía ser cierto. Pero sonaba como ella. El mismo color de pelo, esa viva cabellera dorada como la miel. ¿No podía ser Loretta, la prima mayor de Amy? Con su cabello dorado, sus bellas facciones y sus ojos azules, Loretta siempre se había parecido a Amy. Si no fuera por la diferencia de edad, las dos habrían pasado por gemelas.

Los niños corrieron hacia el colegio. Sus pies golpearon la madera al subir los escalones y entrar en el edificio. Veloz, sobrecogido por el pálido sonido de la voz de la mujer, hizo dar un rodeo a *Diablo* y cabalgó hacia el patio de recreo. Se detuvo junto a la escalinata, saltó de la silla y ató las riendas en el pa-

lenque. Por un momento se quedó allí inmóvil, escuchando, con miedo a tener esperanzas.

—¡Atención, atención! —gritó ella.

Los niños se quedaron de repente en silencio.

—Jeremiah, tú vas primero. Si un caballero se encuentra con una dama en la acera, ¿por qué lado debe sobrepasarla?

—Por su derecha —soltó una voz de niño—. Y si la acera es estrecha, se meterá en la calzada y se asegurará de que la dama pasa de forma segura.

—Muy bien, Jeremiah —dijo la mujer con una risa suave—. Estás respondiendo a mis preguntas antes de que las haya formulado. Peter, ¿debería el caballero reconocer a la dama?

—No, señorita —replicó otro chico con un tono tímido y poco convencido.

—¿Nunca? —preguntó ella, con una voz cálida y seductora.

—Bueno, quizá, si conoce a la dama la saludará con una inclinación.

—Excelente, Peter.

Veloz oyó el sonido de las páginas de un libro al ser hojeadas.

—¿Índigo Nicole? ¿Es adecuado para una señorita caminar entre dos caballeros, con una mano en el brazo de cada uno?

Una chica contestó:

—No, señorita. Una verdadera señorita solo concede sus favores a un hombre cada vez.

Veloz no escuchó la siguiente pregunta. Incrédulo, subió las escaleras, sintiendo una gran debilidad en las piernas, temblando, con una gota de sudor cayéndole por la espalda. Conocía la voz de esa mujer. La madurez había enriquecido sus tonos. La dicción era más precisa y limpia. Pero la voz era definitivamente la de Amy. La reconocería en cualquier lugar, ya que había permanecido en sus sueños durante quince años. «Te esperaré, Veloz. Y cuando sea lo bastante mayor, seré tu esposa.» Esa promesa se había convertido en su mayor tristeza, ahora transformada en un milagro.

Dio un paso hasta el umbral de la puerta abierta, escudriñando la habitación oscura por debajo del ala de su sombrero. Sin terminar de confiar en que las rodillas pudieran sostenerlo, Veloz apoyó un hombro en el marco y fijó la vista en la profesora, todavía sin poder creer lo que veían sus ojos. Amy...

Esa tumba detrás del granero de Henry Masters no era la de Amy. La cruz que Veloz había enderezado con tanto amor no llevaba su nombre ni la canción de su vida. Su dulce, su preciosa Amy estaba aquí, sana y salva en Tierra de Lobos. ¡Había perdido tres años! Solo Dios sabía por qué Henry Masters le había mentado de esa manera. Una ola de rabia le inundó el cuerpo.

Sin embargo, se sentía tan feliz que dejó de pensar en todo lo demás. Amy estaba de pie ante él, respirando, sonriendo, hablando, tan hermosa que le quitaba la respiración. Quince años atrás, su belleza era la de una niña juguetona, delgada como un junco, con una naricilla impertinente llena de pecas, una barbilla rebelde y grandes ojos azules ribeteados de unas espesas pestañas oscuras. Ahora, aunque seguía siendo frágil de constitución, había adquirido las suaves curvas de la feminidad. Su mirada se detuvo fugazmente en el ribete blanco que bordeaba su remilgado corpiño, después descendió hasta su esbelta cintura y el suave vuelo de sus caderas, acentuada por dos remolinos de tela que le caían con majestuosidad por el trasero. Se le hizo un nudo en la garganta, y por un momento le fue imposible respirar. Esto no era ningún sueño, ¡era real!

Por el rabillo del ojo, Amy vislumbró una sombra amenazante en la entrada. Distraída con la página del Manual de las Buenas Costumbres que estaba leyendo, olvidó lo que iba a decir y levantó la vista. Su atención se concentró en el hombre alto, vestido todo de negro, que llevaba un poncho de lana al estilo comanchero colgado de un hombro y un arma reluciente como la plata en la cadera. Conteniendo un gemido, dio un paso atrás y apoyó la espalda sobre el encerado.

—¿Pu... puedo ayudarle, señor? —preguntó con una voz ahogada.

Él no contestó. Con el hombro apoyado en el marco de la puerta, dejaba caer el peso de su cuerpo sobre una sola de sus caderas, la rodilla ligeramente doblada, con una postura descuidada pero en cierta forma insolente. El ala ancha de su sombrero de vaquero negro le ensombrecía el rostro, pero la luz jugaba con la comisura de sus finos y bien definidos labios y el brillo de sus dientes. Tocándose el ala del sombrero, hizo una inclinación y cambió el peso de su cuerpo al otro pie mientras

se estiraba en toda su longitud, que parecía ser la misma que la de la puerta.

—Hola, Amy.

La voz profunda y sedosa que oyó Amy fue como un baño de agua fría sobre su piel. Parpadeó y tragó saliva, tratando de asimilar el hecho de que en la puerta del colegio había apoyado un comanchero, bloqueando así el único sitio por el que poder escapar. El hecho de que supiese su nombre la aterrorizaba aún más. Esto no era Texas y, sin embargo, era como si la pesadilla de su pasado la hubiese encontrado de algún modo.

Con la boca seca, lo miró fijamente, buscando en su mente la mejor salida a un ritmo frenético. ¿Habría otros fuera? Amy pudo sentir el desconcierto de sus alumnos, sabía que estaban asustados porque veían que ella lo estaba, pero no era capaz de encontrar ningún coraje, si es que le quedaba algo de eso en el cuerpo. El miedo la consumía, un pánico frío y paralizador.

El hombre dio un paso hacia ella, haciendo tintinear sus espuelas al pisar en el suelo de madera. El sonido hizo que Amy volviera atrás en el tiempo, a esa lejana tarde en la que los comancheros la violaron. Aún ahora, podía recordar la sensación de sus brutales manos en los pechos, el sonido cruel de su risa, el dolor interminable después de que un hombre tras otro violase su cuerpo de niña.

El suelo se hundió bajo sus pies. En su cabeza, los ecos del pasado se unían a los del presente en una cacofonía ensordecedora que le golpeaba las sienes.

El comanchero se acercó aún más, con paso implacable, las estrellas de sus espuelas rozando las tablas del suelo. Amy no podía moverse. Entonces, deteniéndose a unos escasos pies de ella, se quitó el sombrero. Amy miró fijamente su cara morena y reconoció la familiaridad de esa misma cara años atrás, una cara esculpida ahora por la madurez. Reconoció cada línea aprendida a fuerza de mirar el grabado que tenía de él en la chimenea, tan cambiadas que ahora configuraban la cara de un extraño.

—Veloz...

Fue un susurro lo que se escapó de sus labios, un susurro apenas audible. Unos puntos negros cegaron su visión. Parpadeó y buscó con nerviosismo algo con lo que sujetarse, pero era

como si su mano solo pudiera encontrar el aire vacío. Como si viniera de un lugar lejano, lo escuchó repetir su nombre. Después, sintió que se caía, que se caía..., adentrándose en la negrura más absoluta.

—¡Amy!

Veloz se precipitó hacia delante, cogiéndola de la cintura para que no cayera al suelo. Ella se agarró a él débilmente, con la cabeza colgando, los brazos moviéndose como péndulos, los ojos a medio cerrar. No se trataba de un mero desvanecimiento..., sino de una verdadera pérdida de consciencia.

Él puso una rodilla en el suelo. Asustado, le tanteó la garganta con el dedo para encontrarle el pulso. Aunque no podía ser grave, le atemorizaba la palidez que veía en su rostro. Maldiciendo en voz baja, se dispuso a desabrocharle los botones del escote, frustrado por la resistencia de la muselina almidonada que formaba el sobrecuello.

—¡Quítale las manos de encima!

La voz se quebró en las dos últimas palabras de la frase para convertirse en un grito. Veloz levantó la cabeza y se encontró con el brillo de la hoja de un cuchillo a unos centímetros de la nariz. El que lo sostenía era un chico moreno que debía de tener unos quince años. Vestido con camisa de gamuza y pantalones vaqueros, Veloz pensó que el joven le recordaba a alguien, aunque no podía pensar en quién. El chico tenía unas facciones bruñidas por el sol y el cabello moreno y liso.

—No me provoque, señor. Le cortaré la garganta antes de que pueda pestañear.

Veloz levantó lentamente las manos del cuello de Amy, con los ojos puestos en el cuchillo. Normalmente no se hubiese preocupado por un muchacho, por muy vehemente que hubiesen sido sus amenazas, pero la forma con la que este joven movía el cuchillo en la mano le decía a Veloz que podía no solo usarlo, sino hacerlo con una certeza mortal.

—No te pongas nervioso —le dijo Veloz suavemente—. Nadie tiene por qué salir herido, ¿estamos de acuerdo?

El sollozo asustado de una niña pequeña puntualizó la cuestión. El ambiente estaba tan cargado que Veloz casi podía palpar la tensión. Examinó la habitación con rapidez y descubrió que todos los estudiantes, incluso aquellos que no levantaban

un metro del suelo, se habían puesto en pie y estaban listos para enfrentarse a él. No pudo evitar pensar en que el infame Veloz López podría muy bien terminar sus días en esta escuela, linchado por un grupo de niños.

Una sonrisa lenta cruzó su cara.

—La señorita se ha desmayado y solo intentaba ayudarla.

—La señorita no necesita ayuda de alguien de los de su caña. Mantenga sus sucias manos lejos de ella —replicó el chico—. Índigo, corre a buscar a papá. ¡Date prisa!

Un movimiento por detrás del hombro izquierdo de Veloz llamó su atención. Allí descubrió a una chica de pelo leonado que se mantenía de pie a unos sesenta centímetros de distancia, con un puntero para el encerado cogido entre las manos. Parecía preparada para hacer un pinchito moruno de él con el arma. Casi se rio al ver la expresión asesina en sus grandes ojos azules.

—¡No pienso ir! ¡Manda a Peter! —gritó.

—¡Índigo Nicole, haz lo que te digo! ¡Encuentra a nuestro padre!

Veloz supuso que la chica debía de tener unos trece o catorce años, con un tono de piel tan bruñido que contrastaba de manera sorprendente con su pelo y sus ojos. «Indómита», fue la palabra que primero se le vino a la mente, más impresionado aún por la ropa comanche que llevaba: blusa de anchas mangas hermosamente bordadas, falda vaporosa y unos mocasines atados a los tobillos.

Veloz bajó la nariz alejándola del cuchillo que seguía blandiendo el muchacho. Ahora que había visto a la chica, recordó por fin a quién se parecían. Con razón sabía cómo utilizar un cuchillo.

—¿Tu padre es... Cazador de Lobos? —preguntó Veloz.

Los ojos azules del chico buscaron los de la chica que estaba detrás de Veloz.

—¿Cómo sabe su nombre comanche?

—Soy un viejo amigo.

—Eso es mentira. Mi padre nunca tendría relaciones con alguien como tú. ¡Índigo, esfúmate! Si no vas ahora mismo, te voy a dar una buena paliza, ¿me oyes?

La chica se quedó donde estaba.

—¿Y dejarte solo? Es un pistolero, Chase. Cualquiera se daría cuenta de eso. ¡No puedes hacerle frente! —Acercó el puntero hacia él—. ¡Peter, ve tú! ¡Y rápido! ¡Dile a nuestro padre que tía Amy lo necesita!

Peter, un pelirrojo de diez años, rodeó a toda velocidad el pupitre y corrió hacia la puerta. Veloz, más preocupado de Amy que de poder terminar sus días a manos de los niños, hizo una seña con la mirada en su dirección.

—Si no quieres que la toque, Chase, haz algo. Ábrele el cuello del corpiño. Tráele algo de agua.

—Ocúpese de sus asuntos —ordenó el chico. Miró con preocupación la cara blanquecina de Amy y tragó saliva—. Mi padre llegará en un momento. A tiempo para ocuparse de tía Amy. Será mejor que vaya pensando en qué va a decirle. No le gusta mucho ver a forajidos por aquí.

Demasiado tarde, Veloz comprendió que su aspecto era el de un forajido, vestido como tal, lo que explicaba la hostilidad recibida y el desmayo de Amy al verle. Sintió que los otros niños se acercaban hacia donde ellos estaban, asustados por el estado de su maestra. La pequeña seguía aún sollozando, conteniéndose de manera que los mocos le salían por la nariz.

Veloz suspiró.

—¿Tiene el nombre de Antílope Veloz algún significado para ti?

El rostro del chico se tensó. Por primera vez, empezaba a mirarle con incertidumbre.

—¿Y qué si es así?

—Pues que yo soy Antílope Veloz.

La chica que sujetaba el puntero se movió a un lado para estudiar la cara de Veloz y, después de observarle bien, jadeó.

—¡Ay, Dios, es Antílope Veloz, Chase! Es el hombre del dibujo.

—No lo es —dijo Chase bruscamente, pero incluso cuando hablaba se puso a observar más de cerca a Veloz—. Bueno, quizá se parece un poco. Eso no significa nada. Tiene una cicatriz en la cara y Veloz, no.

—Puede que la cicatriz se la haya hecho después, pedazo de zopenco. —La chica bajó el puntero lentamente—. *¿Hein ein mahsu-ite?* —preguntó.

Oír el idioma de su niñez hizo que a Veloz se le encogiera el corazón.

—Quiero cuidar de tu tía. Después de esto, no estaría mal que dierais la adecuada bienvenida a un buen amigo.

—¡Ves! ¡Entiende comanche!

El muchacho parecía cada vez más confundido. Veloz se inclinó sobre Amy para desabrocharle el cuello del vestido. Retiró la tela y después dedicó una mirada a la chica.

—Tráeme algo de agua.

Índigo apartó el arma y corrió hacia una gran jarra que había en la esquina. La pequeña llorona hizo un sonido húmedo y ahogado y gritó:

—Quiero ir con mi mamá.

Índigo la miró de soslayo, mientras sus bellas facciones se suavizaban.

—No llores, Lee Ann. La señorita Amy solo se ha desmayado. Se pondrá bien.

Chase se acercó a Veloz, con actitud amenazadora, recorriéndole las manos y los brazos con la mirada.

—Si miente, mi padre le matará por haberla tocado.

Veloz asintió.

—Conozco bien el carácter de tu padre. Si yo fuera tú, enfundaría ese cuchillo antes de que llegue, si no quieres que su ira se vuelva contra ti.

Se oyeron unos pasos en el porche. Índigo volvió junto a Veloz con un vaso de agua en la mano. Sosteniendo a Amy con un brazo, Veloz se quitó con el otro el pañuelo negro que llevaba en el cuello. Después metió una de sus esquinas en el agua y rozó suavemente con él los labios de Amy. Ella arrugó la nariz con disgusto, moviendo las pestañas.

—Amy —susurró Veloz.

—¿Qué está pasando aquí? —tronó una voz profunda desde la entrada.

Los niños empezaron a hablar todos a la vez. Chase los hizo callar, gritando.

—¡Este hombre apareció de repente en la escuela y tía Amy se asustó tanto que se desmayó y se cayó al suelo! ¡Después empezó a desabrocharle el vestido! Asegura que es Antílope Veloz.

Veloz miró por encima del hombro al hombre alto y mus-

culoso que se encontraba en la puerta. Incluso sin el pelo largo y las ropas comanches, Cazador hubiera sido reconocible por la amplitud de sus hombros. Levantando la mirada, Veloz trató de ver el rostro de Cazador, pero el sol lo cegaba.

—Hola, *hites*, mi amigo.

—Veloz. —Cazador entró en la habitación lentamente, con los mocasines tocando ligeramente el suelo, y esa mirada azul oscura llena de incredulidad—. Veloz, ¿de verdad eres tú?

Veloz asintió y volvió a centrar su atención en Amy, que había abierto los ojos y lo miraba confusa y un poco desorientada.

—¿Puedes cogerla tú, Cazador? Creo que ha sido verme... lo que ha hecho que se desmayase.

Cazador se arrodilló junto a Amy y le rodeó los hombros con el brazo.

—Amy —susurró—. Ay, Amy.

Veloz se echó hacia atrás y se sentó sobre los talones de sus botas. Una ola de ternura le subió por la garganta al ver que Amy se acercaba a Cazador para cogerle de la camisa de gamuza.

—¡Cazador, un comanchero!

—No, no, no es un comanchero. Es solo Veloz, ¿ves? Nuestro viejo amigo, que ha venido a visitarnos.

Como si sintiese su presencia, Amy se puso tensa y lo miró por encima del hombro, aterrorizada. Para Veloz, ver esa expresión de terror en sus grandes ojos, fue como recibir una patada en el estómago. Buscó en el interior de esos ojos azules un destello mínimo de cariño, de alegría, pero no encontró ninguno. Era evidente que el verle había supuesto para ella algo más que un simple susto.

Esto le dolió. Que Amy, su Amy, tuviera miedo de él...

Acababa de descubrir que Amy estaba viva. Sin embargo, tenía miedo de él. Dos emociones que juntas la hicieron tambalearse.

Cazador se volvió hacia los niños. De pie e inmóviles junto a sus pupitres, no perdían de vista a los tres adultos. Veloz se dio cuenta de que el pequeño pelirrojo, el llamado Peter, estaba temblando.

—La clase se ha terminado por hoy, ¿entendido? —les dijo

Cazador—. Id a casa y decídselo a vuestras madres. Volved mañana por la mañana a la hora de siempre.

—¿Va a ponerse bien la señorita Amy? —preguntó un muchacho de unos doce años.

—Sí —le tranquilizó Cazador—. Yo me ocuparé de ella ahora. Vete a casa, Jeremiah.

Como resortes comprimidos, los niños parecieron todos liberarse al mismo tiempo, convergiendo en el perchero y recogiendo sus cestas de comida y abrigos antes de salir por la puerta. Veloz los observó, perplejo. Índigo se detuvo en el umbral y le dedicó una mirada fugaz, con una sonrisa tímida en la cara y los ojos azules tintineando.

—Me alegro de que estés aquí, tío Veloz. —Y dicho esto, saltó hacia la puerta detrás de Chase.

Veloz la miró, satisfecho de que le hubiese llamado «tío». Aunque no perteneciesen a la misma familia, Veloz y Cazador habían sido hermanos en espíritu. Le llenaba de felicidad saber que Cazador había hablado con frecuencia de él a los niños y que los había educado haciéndoles pensar que era parte de la familia.

—Los niños del colegio son bastante desconfiados. —Cazador inclinó la cabeza en dirección al arma que Veloz llevaba en la cadera—. No solemos ver a hombres armados por aquí.

—¿Los hombres aquí no llevan armas?

La comisura de los labios de Cazador se profundizó.

—Armas, sí, pero no... —Amy se movió de nuevo y Cazador se calló para ayudarla a incorporarse. Al ver que se pasaba la mano por los ojos sin dejar de temblar, Cazador la miró preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Dedicó una mirada desconfiada a Veloz y trató de apoyarse en las rodillas. Veloz se levantó inmediatamente, ofreciéndole la mano para ayudarla. Ella se puso de pie sin ayuda, luchando con los pesados bordes de su falda. Cazador la cogió por el codo para que recuperara el equilibrio.

—Amy... —Veloz observó su cara al decir su nombre, descorazonado al ver que volvía a palidecer. Ella apartó la vista—. Amy, mírame.

Estirándose la falda, se abotonó después el cuello, con un temblor tan persistente en las manos que Veloz hubiese dado lo

que fuese por ayudarla. Alejándose de Cazador, Amy dio un paso incierto hacia el escritorio, después dudó, como desorientada. Veloz se adelantó para cogerla del brazo, con miedo a que fuera a caerse, pero cuando sus dedos se cerraron en su manga, ella lo apartó, con los ojos puestos en el poncho negro del comanche.

Nunca hubiese esperado encontrar a Amy así... con esa expresión acusadora en los ojos. Quitándose el sombrero, se sacó el poncho por la cabeza y se dirigió hacia las perchas para colgarlo en una de ellas. Colocándose de nuevo el sombrero, se volvió para mirarla.

Ella había llegado al escritorio cuando él todavía estaba de espaldas. Ahora permanecía de pie, agarrada al borde de la mesa, los nudillos blancos, la vista fija en las botas de Veloz. Él miró a Cazador, desconcertado.

Cazador se encogió de hombros.

—¡Bien! Esto merece una celebración —su voz tronó llena de vitalidad, haciendo que Amy diera un brinco—. Vamos a casa. Loretta querrá verte, Veloz. Siempre aseguró que vendrías a por Amy un día y, como la mayoría de las mujeres, no hay nada que le guste más que comprobar que estaba en lo cierto.

Veloz observó que Amy se ponía aún más blanca al escuchar las palabras de Cazador y de repente supo por qué parecía tan asustada. Cuando Cazador se encaminó hacia la puerta, Veloz trató de imaginar cómo debía sentirse y se dio cuenta de que si no le dejaba claro ahora que no tenía ninguna intención de precipitar las cosas, puede que no encontrase ningún momento luego para hablar con ella en privado.

—¿Cazador? —Veloz siguió a su amigo hasta la puerta, consciente de que Amy había salido disparada detrás de él, desesperada por pasarle en el segundo en el que vio una oportunidad—. Me gustaría quedarme un momento a solas con Amy.

—¡No!

La enérgica protesta de Amy cogió a los dos hombres por sorpresa. Veloz tenía el desagradable sentimiento de que si le gritaba «¡Uh!» volvería a desmayarse de nuevo. Volvió a mirar a Cazador, pidiéndole con los ojos que los dejase a solas. Cuando Cazador comprendió y salió al porche, Amy trató de correr detrás de él.

Veloz impidió el intento cogiéndola del brazo y cerrando la puerta. Ella intentó echarse atrás, con las manos en la cintura y la mirada fija en el suelo. Bajo la palma de la mano, Veloz podía sentir la tensión de su cuerpo. Podía notar el pulso que se precipitaba hasta su garganta. Entonces la soltó, consciente de que no debía incomodarla más de lo que ya estaba.

—Amy...

Por fin levantó la cabeza, con esos ojos azules fijos mirándolo con horror. Veloz sintió como si de repente se encontrasen quince años atrás. Recordó esa mirada, en aquel verano lejano en el que consiguió arrastrarla fuera del poblado, un día tras otro, para que caminase con él a lo largo del río. Había temido entonces que él fuese a violarla y forzarla.

—Amy, ¿podemos hablar... un momento?

Le temblaba la boca.

—No quiero hablar contigo. ¿Cómo te atreves siquiera a venir aquí? ¿Cómo te atreves?

Para Amy, el sonido de la puerta al cerrarse había sido como el disparo de un rifle. Le daba vueltas la cabeza y sus pensamientos se arremolinaban de tal forma que le resultaba imposible pensar con claridad. Veloz había vuelto. Después de quince años, había vuelto a por ella. Veloz era ahora un comanchero, un pistolero, un asesino. Las palabras se repetían una y otra vez en su mente como una letanía.

Ella sabía muy bien cuál era el trato que los hombres como él daban a las mujeres. Sabía también que los comanches creían que las promesas comprometían de por vida. Veloz trataría de hacerle cumplir el compromiso de matrimonio que le había hecho siendo una niña. Esperaría, quizá incluso lo demandaría, que se casara con él.

Lo miró fijamente, incapaz de reconocer en sus facciones al joven guerrero comanche que ella había conocido. Su rostro bruñido, una vez tan infantil y atractivo, se había endurecido con los años; la mandíbula se había convertido en una línea dura, elevada por una barbilla cuadrada y partida. Unas pequeñas líneas ribeteaban las comisuras de sus ojos marrón oscuro. Sus cejas bien arqueadas de color azul oscuro se habían espesado. La que fuera una vez una nariz majestuosa portaba ahora una terminación nudosa en el puente. Una delgada cicatriz le

atravesaba la cara desde el exterior de la ceja derecha hasta la barbilla. La boca, que ella recordaba como demasiado perfecta para un hombre, se había vuelto firme, y los hoyuelos a cada lado de la cara ahora se arrugaban en profundas hendiduras que cortaban sus mejillas. El viento y el sol abrasador habían curtido su piel convirtiéndola en una pelliza dura.

Y estos no eran los únicos cambios.

Era más alto, mucho más alto, y los años habían endurecido su cuerpo delgado como un alambre, con unos hombros ensanchados muy diferentes a los que ella recordaba. El chico que ella recordaba había desaparecido. En su lugar, tenía ante sí a un extraño hombre alto, moreno y peligroso que le impedía salir por la puerta.

—Pensé que estabas muerta —le dijo suavemente—. Tienes que creerme, Amy. ¿Crees que hubiese hecho todo este camino, de forma imprevista, sin enviarte una carta diciendo que venía?

—No tengo ni idea de lo que hubieses podido o no hacer. Y, como puedes ver, estoy de todo menos muerta.

—Fui a la granja a buscarte, como prometí que haría. Henry me dijo que habías muerto de cólera hacía cinco años.

Al oír el nombre de Henry, Amy se puso tensa.

—Había una tumba allí. No pude leer lo que había escrito en la cruz. —Una sonrisa irónica rasgó su boca—. Es un milagro encontrarte aquí. Pensé que te había perdido.

Temiendo que él estuviese pensando en abrazarla, Amy dio un paso atrás. También había perdido el inglés encantador lleno de errores que había hablado una vez. Ahora hablaba como un hombre blanco. Incluso la manera en la que decía su nombre había cambiado. Además, la miraba de manera diferente... de la manera en la que un hombre mira a una mujer.

—E... era la tumba de mi madre, pero eso ya no importa. Han pasado demasiados años, Veloz.

—Demasiados años. —Su sonrisa se hizo más profunda—. Tenemos mucho de lo que hablar, ¿no te parece?

¿Mucho de lo que hablar? Amy intentó hacerse una imagen mental de los dos poniéndose al día delante de un café.

—Veloz, ha sido toda una vida. Tú... has cambiado.

—Y tú también. —La recorrió con la mirada y su expresión

se hizo cálida de una manera inequívocamente apreciativa—. Eras una promesa como niña, y ahora esa promesa se ha hecho realidad.

El que mencionase la palabra promesa la exasperó. Como si lo hubiese notado, Veloz agudizó la mirada, y la sonrisa que antes le había parecido cortante se transformó en ternura esta vez.

—Amy, ¿podrías relajarte?

—Relajarme —repitió ella—. ¿Relajarme, Veloz? No pensé que fuera a verte nunca más.

Él se acercó para tocar un mechón del cabello que le caía por la sien, rozándole la piel con sus cálidos dedos y transmitiéndole unas sacudidas que la pusieron en guardia.

—¿Es tan malo verme de nuevo? Actúas como si mi llegada fuera una especie de peligro para ti.

Ella echó hacia atrás la cabeza.

—¿Y crees que no es así? No he olvidado las costumbres comanches. El pasado no tiene lugar en mi vida ahora. No puedo volver a donde lo dejamos quince años atrás. Ahora soy maestra. Tengo una casa aquí. Tengo amigos y...

—Eh —la interrumpió. Echando un vistazo a aquella acogedora clase, apartó la mano de su pelo—, ¿y por qué crees que el hecho de que yo esté aquí puede hacer que cambie algo de esto? ¿O acaso piensas que eso es lo que quiero?

—Porque pro... —Se agarró el vestido con el puño, levantando los ojos hacia él, mientras la incertidumbre le recorría el estómago. Quizá se había apresurado en sus conclusiones—. ¿Estás diciéndome que...? —Se humedeció los labios y exhaló profundamente—. Siempre pensé que, cuando vinieras..., quiero decir, bien, asumí que vendrías porque nosotros... —El calor le aprisionaba el cuello—. ¿Significa eso que ya no nos consideras... comprometidos?

Su sonrisa se apagó lentamente.

—Amy, ¿tenemos que discutir eso ahora? Apenas nos hemos saludado todavía.

—¿Apareces en mi vida cuando no te he visto en quince años y esperas que deje algo tan importante en el aire? ¿Que no me sienta amenazada? Sé cómo se hacen los compromisos y las bodas comanches. —Hizo un gesto fútil con las manos—.

¡Dentro de cinco minutos, podrías muy bien decidir anunciar públicamente nuestro matrimonio y arrastrarme de aquí para llevarme a Dios sabe dónde!

Sus ojos la miraron con una pregunta en el aire.

—¿De verdad crees que haría algo así?

—No sé lo que harías o lo que no —gritó—. Te has convertido en un asesino. Has cabalgado con comancheros. Puedo decirte lo que me gustaría que hicieras. Me gustaría que montaras en tu caballo y que volvieres al lugar de donde vienes. Eres un capítulo en mi vida que había cerrado ya y que quiero que siga cerrado.

—He cabalgado más de trescientos kilómetros para llegar aquí —le brillaban los dientes al hablar, un blanco perfecto y luminoso que contrastaba con su piel oscura—, e incluso aunque tuviera la intención de volver, Amy, no tendría nada a lo que volver.

—Bueno, pues tampoco hay nada para ti aquí.

Veloz nunca hubiese creído que la conversación pudiese convertirse en algo tan desagradable. Pero ella no estaba dejándole mucho margen. ¿Qué esperaba? ¿Que la librase de su compromiso y se fuese de allí, pretendiendo que no había habido nunca nada entre ellos?

—En mi opinión, hay mucho para mí aquí —contestó él sin alterar la voz.

Ella se quedó pálida.

—Te refieres a mí, ¿si lo he entendido bien?

—No solo tú. Están Cazador y Loretta y sus hijos. Amy... —suspiró, cansado—. No me pongas ahora en un callejón sin salida.

—¿Que no te ponga en un callejón sin salida? —Amy trató de abrir la boca para hablar, pero por un segundo no fue capaz de emitir ningún sonido. Clavó la mirada en sus cartucheras rematadas en plata, temblando con tanta fuerza que creyó que iba a caerse—. Quince años es mucho tiempo. Demasiado tiempo. No me casaré contigo. Si esto es lo que tienes en mente ahora que me has encontrado, ya puedes irte olvidando.

Dio un rodeo para poder alcanzar la puerta. Él le impidió el paso poniendo la mano en el marco de madera de la puerta. Ella se quedó allí de pie, cogida al pomo, con el corazón palpitándole a toda velocidad y los sentidos a flor de piel por su proximidad.

—Te has propuesto que lleguemos a una conclusión sobre esto ahora mismo, ¿verdad? —la voz de Veloz, baja y ronca, fue como una jarra de agua helada—. Lo que no sé es por qué me sorprende. Siempre fuiste dada a perder la razón en cuanto había que enfrentarse a situaciones extrañas.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó temblando.

—Es un hecho.

Con el cuello tenso, movió la cabeza para mirarle.

—¿Y significa?

—Sabes de sobra lo que significa.

Se agarró con más fuerza al pomo de la puerta.

—Lo sabía. En el instante en que te vi, lo supe. Vas a obligarme a cumplir esas promesas que te hice, ¿verdad? No te importa en absoluto que tuviese solo doce años. No te importa que no te haya visto en quince años o que tú hayas traicionado todo lo que hubo una vez entre nosotros. Vas a obligarme a hacerlo.

La tensión que vio en su mandíbula le dio la respuesta que ella esperaba. Lo miró fijamente, sintiéndose atrapada. Como si él leyese sus pensamientos, retiró la mano de la puerta.

—No te equivoques, Veloz. Esto es Tierra de Lobos, no Texas. Cazador puede que respete muchas de las antiguas costumbres, pero nunca tolerará que intentes forzarme a un matrimonio que yo deteste.

De esta forma, Amy salió rápidamente, dando un portazo tras de sí. Mientras corría escaleras abajo, casi esperaba oír las botas del vaquero resonando en las maderas desgastadas. Al ver que no era así, se sintió aliviada. Salió disparada como una exhalación por delante del caballo negro que estaba atado al pallenque. Llevándose la mano a la garganta, su único pensamiento era encontrar a Cazador para hablar con él antes de que Veloz lo hiciese.